

CAPÍTULO XV

PASMOSO INGENIO DEL CAPITÁN CUTTLE Y NUEVOS PASOS
EN FAVOR DE WÁLTER GAY

Durante muchos días anduvo Wálter preocupadísimo con los asuntos de Barbada. No sabía qué hacer; confiaba en que tal vez no sería definitiva la orden dada por mister Dombey, ó que cambiaría de idea y le diría que no se embarcase. Pero como nada venía en apoyo de estas esperanzas (en sí mismas sin fundamento), y como transcurría el tiempo, comprendió que era necesario proceder sin más vacilaciones.

Lo que más inquietaba á Wálter era la necesidad de revelar aquella situación á su tío; comprendía hasta qué punto sería para el anciano un golpe terrible. No era posible conturbar de tal manera el ánimo del pobre tío Solomón, justamente cuando apenas se había rehecho de sus profundas preocupaciones, y cuando empezaba á recuperar su tranquilidad y su buen humor, dando al gabinetito familiar su animación acostumbrada. Tío Sol había pagado ya á mister Dombey el primer plazo de su deuda, el día fijado, y esperaba poder pagar oportunamente lo demás de su débito; era una nueva desgracia tener que contristarle de nuevo.

No podía Wálter, de ninguna manera, marcharse sin decir adiós á su tío. Era indispensable decirselo; ¿de qué manera? Esta era la cuestión. En cuanto á marcharse ó no marcharse, no se consideraba Wálter en condiciones de escoger. Mister Dombey le había dicho claramente que él era joven, que los negocios de su tío se encontraban en mal estado; y la fría mirada con que mister Dombey había acompañado estas palabras había hecho comprender á Wálter que si no quería embarcarse podría, ciertamente, quedarse en casa de su tío; pero no empleado en las oficinas de Dombey é hijo. Su tío y él tenían que agradecer á mister Dombey el favor que había solicitado el mismo Wálter. Acaso tenía como una secreta persuasión de que nunca conseguiría el favor de aquel poderoso caballero, más bien dispuesto á imponerle humillaciones siempre que la ocasión se le ofrecía. Pero no era esto lo que le preocupaba en aquellos momentos: Wálter tenía que cumplir un deber y no faltaría á su cumplimiento.

Cuando le había mirado mister Dombey diciéndole que era joven y que los negocios de su tío se encontraban en mal estado, la expresión del altivo señor era desdeñosa. Mister Dombey parecía indicar que el joven á quien se dirigía no tenía inconveniente en vivir á expensas de un anciano, en situación tan apurada. Wálter había tenido un sobresalto, herido en su corazón generoso. Para demostrar á mister Dombey hasta donde podía hacerle una demostración sin palabras que su juicio había sido temerario, después de la entrevista acerca de las Indias Occidentales se esforzó Wálter en demostrar más interés aún en el trabajo, cosa harta difícil, dado su habitual celo. Como joven, era harto inexperimentado para advertir que

precisamente, aquellas buenas cualidades podían no agradar á su principal, y que el tratar de ser grato á tan elevado personaje cuando acababa de manifestarle su enojo, más bien constituía un motivo para que le tuviera en poco. Y hasta podría suceder que viendo aquel modo de proceder del joven le creyese el elevado personaje deseoso de humillarle.

«Está bien: no habrá más remedio que prevenir á tío Sol» pensó Wálter. Pero al pensarlo así tenía miedo de que su voz temblase, y que si él mismo se lo decía al anciano, su rostro dejara ver la impresión de pena, y más aún si su tío, al oír las primeras palabras, se apenaba á su vez. Era preciso evitar esto: así decidió acudir á la mediación del buen capitán Cuttle. Al domingo inmediato, concluido el desayuno, se puso en marcha Wálter en busca de tan poderoso mediador.

Acordábase, no sin complacencia, mientras caminaba, que mistress Maestinger iba todos los domingos por la mañana á gran distancia para oír el acostumbrado sermón del reverendo Melchitedech Howler, respetable pastor que había sido expulsado un día de los Dock de la Compañía de Indias por falsa inculpación (algún enemigo suyo la haría correr) de oradar con una barrena tal ó cual barrica y chupar por el orificio. Este reverendo pastor había vaticinado que el fin del mundo llegaría dentro de dos años, á los dos años justos, día por día, y hora de las diez de la mañana. Con esta predicción había instalado en su domicilio, no un oratorio precisamente, sino una sala de recibo, para señoras y caballeros, adeptos á la confesión de Ranting. Á la primera reunión en esta sala, produjeron las instrucciones del reverendo tal efecto, que todos los presentes se enla-

zaron en una arrebatadora y religiosa danza de un efecto tan grande, que se hundió el piso de la sala y todos cayeron revueltos á una cocina, en el mismo sótano: el reverendo cayó también y por su parte rompió una caldera de lejía.

Conocía estos detalles Wálter porque el capitán Cuttle se los había contado á su tío, una vez que estaba de muy buen humor, precisamente el día en que fué pagado aquel famoso agente de embargos, el amenazador señor Brogley. El capitán Cuttle, por su parte, iba puntualmente al culto á la iglesia más inmediata á su casa, iglesia que izaba el pabellón nacional los domingos por la mañana. Y como el sacristán no tenía una gran salud, el capitán Cuttle, amablemente, le ayudaba en la custodia del templo, encargándose de que los niños no hicieran ruido y se mantuviesen juiciosos, lo que conseguía sin esfuerzo gracias al saludable temor que les inspiraba la misteriosa mano postiza. Conociendo la regularidad de costumbres del capitán, apresuróse Wálter á llegar á su casa antes de que saliera. Con esta diligencia, al volver la esquina de Brig Place tuvo la satisfacción de ver la casaca azul y el chaleco del capitán que, colgados, tomaban un rayo de sol por la ventana abierta.

Era cosa increíble que ojos humanos hubiesen visto nunca aquella casaca y aquel chaleco separados del cuerpo del capitán; pero, no había duda, el capitán no estaba dentro de sus prendas.

Sorprendido ante tal descubrimiento, acercóse Wálter á la puerta de la casa, y con el llamador dió un golpe.

— ¡Stinger! — exclamó el capitán, desde dentro; un golpe era llamar á la patrona, no era para él: Entonces Wálter dió dos golpes.

— ¡Cuttle! — gritó el capitán inmediatamente.

Un instante después aparecía en la ventana con el sombrero de hule puesto, en mangas de camisa y tirantes y con la corbata sin anudar, colgando como una cuerda al cuello.

— ¡Wálter! — exclamó el capitán con la mayor sorpresa.

— Sí, sí, capitán Cuttle, soy yo; — repuso Wálter.

— ¿Qué ocurre, muchacho? ¿Otro disgusto á Gills?

— No, no. Mi tío va perfectamente.

Con esto se tranquilizó el capitán, y dijo que bajaba en seguida á abrir la puerta.

— Madrugador estás; — dijo el capitán á Wálter tan pronto como abierta la puerta le estrechó la mano. Y cuando estuvieron en el cuarto del capitán, Cuttle miró con desconfianza á su joven amigo.

— Lo cierto es, capitán; — dijo Wálter sentándose, — que temía se hubiese marchado usted ya: porque tengo necesidad de su consejo, un consejo de amigos.

— Lo tendrás; — contestó el capitán. — ¿Quieres tomar algo, muchacho?

— Quiero tomar consejo, capitán; — repuso Wálter sonriendo. — Nada más.

— Pues ya estás hablando; — dijo Cuttle.

Entonces refirió Wálter cuanto había pasado, expuso la dificultad en que se encontraba con respecto á su tío, manifestó su confianza en que el capitán Cuttle le sacaría del apuro. Cuttle se quedó consternado: cada palabra de Wálter había ido aturdiéndole; ya no sabía lo que le pasaba; parecía que por momentos se moría, que aquella casaca colgada, aquel chaleco, iban á quedarse definitivamente huérfanos de amo.

— Vea usted, capitán; — dijo Wálter; — yo, por mi, no tengo la menor inquietud, ¿qué más me da? Soy joven, como ha dicho el señor Dombey. No pretendo tener títulos para considerarme el orgullo y la alegría de su existencia; pero es el caso que lo soy. ¿No es verdad, capitán?

El capitán hizo un esfuerzo como para salir de su estado letárgico, para recuperar sus sentidos; pero no pudo conseguir sus deseos; únicamente se movió su sombrero como en señal de asentimiento.

— Aunque conserve la salud; — dijo Wálter, — y no me parece que corro peligro de perder ni la salud ni menos la vida, no volveré á ver á mi tío; no puedo esperarlo si me voy de Inglaterra; está muy viejo, capitán: su vida consiste en la costumbre...

— Invariable, Wálter: constituye una necesidad; — interrumpió el capitán Cuttle, al fin repuesto.

— Tiene usted razón; — dijo Wálter; — pero no es eso lo que yo quería decir: me refería á la costumbre de tenerme á su lado. Y si (como usted lo comprende, estoy seguro) la pérdida de su casa, de los objetos con que estaba familiarizado, pudo haberle acortado sus días, ¿no teme usted que pueda también acortárselos la pérdida de...?

— ...de su sobrino; — interpuso el capitán Cuttle.

— Es muy cierto.

— Pues bien; — añadió Wálter esforzándose por parecer gozoso: — es necesario hacerle creer que la separación no será larga. Pero como yo sé que no es así, ó como yo temo que no sea así, y como por tantas razones merece mi tío mi cariño, sumisión y respeto, temo no lograr persuadirle de lo que en realidad no creo. Por esto quisiera que fuera usted quien le previniese. Tal es el primer punto.

— ¡Vía afuera, un punto! — exclamó el capitán, como si mentalmente fuera ordenando un rumbo.

— ¿Qué dice usted, capitán Cuttle? — preguntó Wálter.

— ¡Firme! — contestó el capitán.

Wálter esperó un momento por si el capitán quería añadir algo; pero visto que no decía una palabra más, continuó:

— Pasemos al segundo punto. Siento mucho decirselo, pero es lo cierto que mister Dombey no me estima. Siempre he tratado de conducirme lo mejor posible, he hecho cuanto he podido, pero inútilmente: no soy persona grata en la casa. Cuestión de simpatías ó de antipatías. Puede ser. En todo caso estoy seguro de que no me estima. Si me manda á ese puesto nuevo no es por mejorar mi situación. Ni tampoco trata de que mi traslado aparezca como una mejora: su desdén es completo. Seguramente no adelantó nada con ese traslado y, es más: me parece que me cierra toda posibilidad de progreso en la casa. Pero, capitán Cuttle, es necesario que mi tío no se entere de esto; al contrario, es preciso hacerle suponer que mi nuevo empleo es un ascenso, una situación que me abre extenso porvenir. Y crea usted, capitán, que si á usted mismo le revelo toda la verdad es porque deseo dejar aquí un amigo absolutamente informado de todo, que pueda ayudarme, acaso, en circunstancias determinadas, y que, en último resultado, conozca mi verdadera situación y pueda juzgar de ella.

— Wálter, muchacho — interrumpió Cuttle, — busca en los *Proverbios* de Salomón el versículo donde dice: « ¡Ojalá no carezcamos de un amigo que nos consuele en la desgracia, ni de una botella que ofre-

cerle! » Cuando lo hayas encontrado, anótalo.

Diciendo esto tendió la mano á Wálter con ademán de franqueza, que equivalía á un gran discurso. Y repitió, muy satisfecho de la oportunidad de su cita: Cuando lo hayas encontrado, anótalo.

— Capitán Cuttle; — dijo Wálter tratando de apretar entre sus dos manos la inmensa que le tendía su interlocutor: — después de mi tío, á nadie quiero más que á usted; en nadie tengo tanta confianza. En cuanto al viaje, por mí, me es indiferente. Si fuese yo libre de partir, como un marinero, como quien se aventura hasta el fin del mundo, nada me importaría. Más aún: me habría marchado hace tiempo; no lo he hecho por no contrariar á mi tío, por someterme á los planes que para mí formaba. Lo que lamento, capitán Cuttle, lo que me incomoda es pensar que nos hemos equivocado en lo que concierne á la casa Dombey, que al principio creíamos que estaba yo muy bien en ella, y que ahora resulta, no solamente que no he adelantado nada, sino que he retrocedido: estoy seguro.

— ¡Retorna, Whittington! — murmuró el desconsolado capitán, después de contemplar un momento á Wálter.

— Si, sí; — replicó Walter sonriéndose; — ya volveré, y no pocas veces, capitán, antes de haber hecho la fortuna de Whittington. Pero no me quejo — añadió con su animación y contento habituales — ni hay por qué me queje. Tengo lo necesario. Puedo vivir. Es verdad que me separo de mi tío; pero queda usted, capitán Cuttle, y no hay nadie mejor. No significa lo que le he dicho á usted que yo pierda esperanza: solamente es para explicarle mi situación en la casa Dombey; tengo que ir adonde me mandan y

aceptar lo que se me da. Hasta es mejor para mi tío el que yo me vaya, pues de este modo, si alguna vez tiene necesidad de recurrir á mister Dombey, quizá éste le sirva, como en la circunstancia que usted sabe. Estoy persuadido de que no le dejará de atender sólo porque ya no me hallé yo aquí, suscitando su disgusto diariamente. Por consiguiente, ¡hurra y vivan las Indias Occidentales, capitán Cuttle! ¿No es esto lo que dice la balada de los marinos?

Para el puerto de Barbadas
Camaradas,
De Inglaterra abandonemos
Las laderas escarpadas...
¡Á la vía
Y alegría!...

El capitán repitió el estribillo.

¡Á la vía
Y ale...gria!...

El canto llegó á oídos de un patrón marinero que vivía en la casa de enfrente y que, aun acostado, como estaba, no se hallaba precisamente en ayunas. Movido por aquel regocijo saltó de la cama, abrió la ventana, y á grandes voces, entonó el estribillo, con magnífico efecto. Cuando ya no pudo sostener más la nota, soltó un gran ¡aho! tanto á manera de despedida como para probar que no se le había concluido el aliento. Y con esto cerró la ventana y se acostó de nuevo.

— Ahora capitán Cuttle, — dijo Wálter alargándole con apresuramiento la casaca azul y el chaleco, — si quiere usted ir á comunicar estas noticias á mi

tío (las debió conocer hace tiempo), saldré con usted; pero nos separaremos en seguida y yo me iré á pasear hasta la tarde.

Bien se veía que no le gustaba mucho al capitán aquella comisión: no tenía gran confianza en su habilidad para cumplirla. Muy de otro modo se había imaginado él la vida y aventuras de Wálter, felicitándose muchas veces á si mismo de su penetración y de su arte en preparar combinaciones, todas perfectas y acabadas: dejar que todo se viniera abajo, colaborar él mismo al derribo, requería de su parte un esfuerzo, una resolución de que no era capaz. La mayor dificultad estaba en despojarse de las ideas almacenadas de largo tiempo en su mente, echarlas por la borda y tomar en el acto un nuevo cargamento de otras ideas, sin confundirse ni embrollarse. De tal manera preocupado no acabó de vestirse, como deseaba Wálter; antes bien, dijo á éste que para tomar una resolución tan grave, necesitaba previamente « morderse algo las uñas ».

— Es una costumbre que tengo, vieja de cincuenta años; — dijo á Wálter. — Cuando veas que Cuttle se muerde las uñas, ya puedes decir que está varado.

En consecuencia, se puso el capitán á roer su garfio en vez de dedos, tan concienzudamente, con tan profunda meditación, como lo exigía la importancia del problema en cuya resolución se abismaba.

— Tengo un amigo — murmuró el capitán como pensando en alta voz, — que en este momento costea por Whitby: ese sí que me daría un acertado parecer sobre esa materia y sobre todo lo que se le pidiese; ese sí que es capaz de dar quince y raya á todos los individuos del Parlamento juntos. Es un hombre que ha ido al agua dos veces por la borda y no le

pasó nada. Siendo grumete, por espacio de tres semanas recibió golpes sin cesar en la cabeza con barras de hierro... y tan campante como si no le hubiera pasado nada.

Á pesar del respeto que el capitán Cuttle le inspiraba, no pudo Wálter menos de regocijarse por la ausencia de aquel varón prudente á cuya inteligencia sería mejor no recurrir hasta después de tenerlo todo arreglado.

— Si le preguntas á ese hombre su opinión acerca de las boyas del puerto, — añadió el capitán, — te dirá que esas boyas se parecen tanto á las boyas como á los botones de la casaca de tu tío. No hay quien sepa tanto como él: ninguno de los marinos viejos — ni aun de los que no tienen ya dos piernas — le llega ni al tobillo. No hay quien sepa lo que él.

— ¿Y cómo se llama? — preguntó Wálter como demostrando interés por un amigo del capitán.

— Se llama Bunsby; — contestó el capitán. — Pero tratándose de un hombre como ese, el nombre importa poco.

No explicó el capitán la significación de tal elogio, ni Wálter fué más lejos en sus preguntas. La vivacidad natural de su inteligencia arrastró á Wálter en una serie de reflexiones acerca de su estado, de la situación en que se encontraba, y pronto vió que el capitán se abismaba de nuevo en sus profundos pensamientos, que sus ojos, sombreados por espesas pestañas, se fijaban en él; pero era evidente que ni siquiera le veían y que la imaginación del capitán andaba por lejanos parajes.

La verdad es que el capitán trabajaba en tan grandes designios, que lejos de encontrarse varado, como él creía, se hundía en el agua, se sumergía en el

abismo sin encontrar el fondo. Por grados fué enterándose el capitán Cuttle de que había un error, que había una equivocación en aquello y que el equivocado era Wálter; aquel joven se había equivocado; su inexperiencia tenía evidentemente la culpa. Su traslado de empleo, su envío á las Indias Occidentales no podía ser sino la manera de encaminarle á la fortuna. Bueno; bien pudiera ser que hubiera algún disgustillo entre ellos; — para el capitán Cuttle este «ellos» quería decir mister Dombey y Wálter, — pero bastará que un amigo de ambos se interponga y diga una palabra para que los dos se reconcilien. La deducción á que estas consideraciones llevaban, á que el capitán Cuttle iba, eran estas: él había tenido el gusto de conocer á mister Dombey, había pasado con él media hora agradabilísima en Brighton (aquella tarde del dinero prestado); en tales condiciones, la cosa más natural era que él arreglase aquel asunto con mister Dombey, como buenos amigos, de la manera más sencilla. Nada; aquello no tenía importancia; era un detallito sin valor. No tenía que hacer sino dirigirse al momento á casa de Dombey, sin decir, por supuesto, ni una palabra á Wálter. Llegaría á casa de Dombey y le diría á un criado: «¿Quiere usted hacerme el favor de anunciar al capitán Cuttle?» Luego conversaría con mister Dombey, y aparte y como amigo le explicaría la cuestión y se acabó. Saldría de la casa triunfante.

Á medida que iba discurriendo el capitán de este modo y que sus ideas iban tomando cuerpo, se le esclarecía el semblante, como si se disipara la bruma en una mañana luminosa. Sus cejas, que se habían fruncido de manera amenazadora, se distendieron en un gesto apacible; abrió los ojos, casi cerrados hasta

entonces. Una sonrisa que al principio se dibujó sólo con tres rayas — una en el rincón derecho de la boca y las otras dos una á cada lado de los ojos — se dilató por todo su rostro, subió hasta la frente y levantó el sombrero de hule, como si éste, hundido con su amo, saliera juntamente con él á flote.

El capitán dejó de roerse las uñas y dijo:

— Andando, Wálter; ahora ya me puedo vestir.

No comprendía Wálter por qué se esmeraba tanto el capitán en anudarse la corbata, juntando las dos puntas para ensartarlas por un anillo de oro, un grueso anillo en cuyo frente se destacaba un medallón y en éste la memoria de un amigo difunto, un sepulcro rodeado de verja y sombreado por un sauce llorón. Preguntábase por qué motivo se estiraría tanto la camisa, á peligro de desgarrar la tela, de batista de Irlanda, sacando las puntas del cuello de manera que hiciesen como un marco á sus dos carrillos; por qué razón, en fin, cambiaba de botas, poniéndose un incomparable par que no sacaba sino en las grandes ocasiones. Perjeñado, en fin, á su entera satisfacción, el capitán se contempló, mirándose de pies á cabeza, en un espejillo que usaba comúnmente para afeitarse y que descolgó para el caso. Luego cogió su bastón de nudos y se declaró dispuesto á salir.

La manera de andar del capitán era más resuelta que de costumbre; pero Wálter supuso que consistiría en las botas. Apenas anduvieron un trecho encontraron una vendedora de flores; al momento hizo alto el capitán, y como acogiendo una feliz idea, compró el mayor ramo del canasto, un magnífico ramo abierto en forma de abanico, de dos pies y medio de ancho, con flores sumamente vistosas.

Provisto de aquel regalito, que destinaba á mister

Dombey, continuó el capitán su rumbo juntamente con Wálter, hasta que llegaron á la vista de la tienda del óptico. Allí se detuvieron.

— ¿Va usted á entrar? — preguntó Wálter.

— Sí; — contestó el capitán Cuttle, considerando que en primer término era necesario desembarazarse de Wálter, y que, bien pensado, sería mejor ir á casa de mister Dombey un poco más tarde.

— ¿No se le olvida nada?

— No — contestó el capitán.

— Entonces yo daré una vuelta por ahí; — añadió Wálter, — y le dejaré solo para no estorbarle.

— Una vuelta larga, muchacho; — repuso el capitán, separándose de su joven amigo.

Wálter asintió con la mano á este consejo y se alejó.

No sabía adonde ir; pensó que lo mejor sería marcharse fuera, al campo, donde tendría sosiego para meditar, á la sombra de un árbol, acerca de la nueva vida en que entraría pronto. No conocía campos más agradables que los de Hampstead ni camino más recto para ir allá que el paso por delante de la casa de mister Dombey.

Miró, al pasar, la casa: tan triste y tan sombría estaba como siempre; las persianas bajas, cerradas, pero abiertas las mitades de encima, y también los cristales; el aire movía las cortinas, y esta era toda la animación que desde fuera se notaba. Wálter andaba lentamente al pasar por delante de la casa. Cuando la dejó atrás tornóse á mirarla, con aquel interés que sintió siempre desde la aventura de la niña perdida, en tiempos ya lejanos.

Mientras estaba en esta contemplación, llegó un coche y se paró delante de la casa. De aquel coche

bajó un grave personaje vestido de negro, entró en casa de mister Dombey y la puerta se cerró nuevamente. Siguiendo su camino Wálter reflexionó acerca del personaje vestido de negro, y no vaciló en creer que se trataba de algún médico. ¿Quién sería el enfermo? Pero no pensó mucho tiempo en esto, preocupado como estaba con otro género de ideas.

Una porción de reflexiones le sugirió también la vista de la casa; complaciase en esperar que llegaría un día en que aquella linda joven que había sido su amiga, que siempre le había manifestado tanto agradecimiento y complacencia en verle, podía interesar en favor suyo á Pablo Dombey, á su hermano, ejerciendo así una influencia felicísima en el porvenir de Wálter. Encantadora era la idea, más bien porque suponía acordarse de él que por el beneficio que de ella se infería; pero otra idea le asaltaba, y era que si semejante día llegaba, ya estaría él por completo olvidado, allá, en el confin de los mares, mientras que ella se casaría rica, ufana, feliz. No había razón para que se tomara interés por él ni tampoco para que se acordara de él más que de cualquier juguete de la infancia. Aún se acordaría menos.

Y sin embargo, Wálter había idealizado aquella linda niña que halló perdida por las calles, y tan identificadas estaban en su ánimo el inocente agradecimiento, la candidez, la sinceridad de Florencia, que al ocurrírsele la idea de un olvido, Wálter se sonrojó como si hubiera proferido una injuria. Por otra parte, imaginarse que Florencia no se casaría nunca le parecía otra imputación no menos injuriosa. En fin, no podía pensar en aquella linda criatura sin representársela tan cándida y tan cariñosa como la vió en los días de la famosa mistress Brown. Pensar en Floren-

cia era para Wálter como perder el juicio; lo mejor que podía hacer era conservar en su mente aquella encantadora imagen, inestimable, invariable é indefinida — indefinida en todo, excepto en el poder que tenía de llenar de júbilo el corazón de Walter y de protegerle contra el mal como lo haría la mano de un ángel.

Wálter estuvo largo rato en el campo, escuchando el canto de los pájaros, el lejano toque de campanas, el rumor de la ciudad, apagado y confuso. Respiró el aire puro, mirando á veces allá, en el horizonte, la ruta que había de seguir en su viaje; y luego tornaba la vista á las verdes praderas de Inglaterra y á sus paisajes familiares. Pero apenas si pensó una vez seriamente en su marcha: de hora en hora, de minuto en minuto, aplazaba esa idea para reflexionar siempre en lo mismo.

Ya volvía Wálter del campo y se encaminaba á su casa abstraído en sus pensamientos, cuando de pronto oyó una voz de hombre que le gritaba, y casi al mismo tiempo una voz de mujer que le llamaba por su nombre. Sorprendido, volvió la cabeza al instante, encontrándose con que un carruaje que acababa de pasar cerca de él en dirección contraria á la suya se había parado. El cochero era el que le gritaba y le hacía señal, con el látigo, de que se acercase. Por la portezuela del coche asomaba una joven, llamándole á voces. Se acercó Wálter, en efecto, y conoció en aquella mujer á Susana Nipper: Susana Nipper, que estaba en una agitación inconcebible y como loca.

— ¡Staggs's Gardens, señor Wálter! — exclamó Susana. — Por Dios, señor Wálter.

— ¿Eh? — repuso Wálter. — ¿Qué dice usted? ¿Qué pasa?

— ¡Oh, señor Wálter! ¡Staggs's Garden, por favor! — repitió Susana.

— ¡Eso es! — dijo el cochero dirigiéndose á Wálter con ademán de desesperación. — Hace una hora que me hace dar vueltas, sin saber adonde vamos, esta señorita: callejas y callejones sin salida, y dale conque he de pasar por donde nohay manera. En toda mi vida no he visto cosa semejante.

— ¿Es que quiere usted ir á Staggs's Gardens, Susana? — preguntó Wálter.

— Claro está — exclamó el cochero. — Pero ¿dónde se halla eso?

— No lo sé — dijo Susana. — Señor Wálter, yo no he estado en Staggs's Gardens más que una vez con miss Florencia y con Pablito, el día en que usted encontró á miss Florencia en la City, porque se nos perdió al volver de casa del ama, porque nos encontramos con un toro escapado... Es decir, he vuelto otra vez; pero ya no me acuerdo del sitio: parece que se lo ha tragado la tierra. ¡Por Dios, señor Wálter, no me abandone usted; dígame dónde están esos Staggs's Gardens, dónde está ese barrio! El pobrecito Pablo, á quien tanto quiere la señorita Florencia... á quien todos queremos tanto... ¡Tan bueno como es, tan cariñoso!... ¡Oh, señor Wálter!...

— ¿Ocurre una desgracia? ¿Está enfermo? — exclamó Wálter muy inquieto.

— ¡Pobrecito Pablo! — gimió Susana torciéndose las manos. — Ha pedido que vaya á verle su antigua nodriza, y vengo á buscarla para que venga en seguida conmigo, la buena señora Staggs de Polly Toodle-gardens.

Emocionado Wálter al escuchar lo que decía Susana, comprendiendo muy bien aquella inquietud de

la joven, se puso inmediatamente á su servicio, preguntando á derecha é izquierda por Staggs's Gardens, interrogando á todos y corriendo de modo que casi no podía seguirle el cochero.

Ya no había Staggs's Gardens: no existía tal barrio. En el sitio que habían ocupado aquellas casetas de madera se elevaban verdaderos palacios con elegantes pórticos, ornados de columnas de mármol y abiertos con vistas dilatadas á la vía férrea. El vasto y misérrimo espacio donde se amontonaron por tanto tiempo las basuras, estaba convertido en solar de ricos edificios, en cuyas tiendas se almacenaban mercancías preciosas. Las calles, desiertas en un tiempo, servían al presente de tránsito á numerosos transeuntes y á carruajes y vehiculos de todas suertes. Y en cuanto á calles nuevas, aquellas que parecían destinadas á no librarse nunca de los baches, daban acceso á lindas casas, hotelitos formados en hileras, provistos de comodidades de vida que no se sospecharon nunca en el barrio y que parecían surgidos de la tierra por un crecimiento espontáneo, lo mismo que las setas. Los puentes, que en otros tiempos no conducían á ninguna parte, daban ya paso hacia hermosos parajes, iglesias, jardines y paseos saludables. Aquellas armazones de casas habían echado á andar campo adelante, como vagones de un gigantesco tren que avanzara ganando cada vez más terreno.

En cuando al vecindario, que había vacilado en acatar al ferrocarril en los días de lucha, se había arrepentido, como en tales casos deben hacer los fieles cristianos: á la sazón se envanecían de tener tan poderoso y rico patrono. Hallábanse modelos de ferrocarril en los pañuelos que los mercaderes vendían y periódicos del ferrocarril en los escaparates de to-

dos los librereros. El ferrocarril daba nombre á todas cosas: fondas, hospederías, casas de huéspedes, botillerías; todo era del ferrocarril: planos, mapas, vistas, mantas de viaje, frascos, cestas de provisiones, horarios de salidas y entradas, ómnibus y paradas de coches. Había calle del ferrocarril y travesía del ferrocarril; parásitos aduladores del ferrocarril en todos conceptos: los relojes señalaban la hora del ferrocarril, como si el mismo sol hubiese dimitido. En el número de los vencidos estaba el limpiachimeneas, el gran incrédulo de Staggs's Gardens, que ya vivía en una casa muy adornada con estuco y alta de tres pisos: en una muestra barnizada y embellecida con dorados se titulaba chimeneísta del ferrocarril y sus máquinas.

Día y noche duraba el incesante ir y venir de aquella circulación, que era como la sangre de un organismo vivo. Multitud de viajeros y montañas de mercancías salían y entraban veinte veces en veinticuatro horas, produciendo una agitación no interrumpida. Hastas las casas parecían prontas á cerrar sus maletas y marcharse. Respetables individuos del parlamento que veinte años antes se habían burlado de los disparatados propósitos de construir ferrocarriles y que no habían escatimado sus censuras á los ingenieros que tales ideas exponían, ya tomaban el tren, reloj en mano, no sin haber prevenido antes por telégrafo eléctrico la hora de su llegada al punto donde iban. Día y noche las máquinas conquistadoras rugían á distancia ó avanzaban silenciosamente al término de su jornada, deslizándose como dragones amansados hasta entrar en sus cavernas abiertas á su tamaño justo; allí se detenían humeantes y temblando como si les costara enorme esfuerzo contener en sus

entrañas como el secreto de un gran poder desconocido y de propósitos apenas iniciados.

Pero Staggs's Gardens había sido destruido, descuajado. Triste día aquel en que « ni una pulgada de la tierra inglesa » — léase de Staggs's Gardens — fué respetada.

Al fin, después de muchas infructuosas pesquisas Wálter, seguido del coche de Susana, descubrió un hombre de los que habían habitado aquella desvanecida patria. Aquel hombre no era otro que el maestro deshollinador consabido.

— Si, en efecto: he conocido á Toodle. Está en el ferrocarril, ¿no es verdad?

— ¡Eso es, eso es! — exclamó Susana por la ventanilla del coche.

— ¿Dónde vive ahora? — preguntó timidamente Wálter.

— Vive en los edificios de la Compañía, segunda esquina á la derecha: entra usted en el patio, sigue usted á la derecha, número 11; no se puede usted equivocar; pero, en todo caso, pregunte usted por Toodle el maquinista: cualquiera le dará razón. En vista de tan inesperado éxito, Susana Nipper bajó apresurada del carruaje, se cogió del brazo del Wálter y ambos echaron á andar rápidamente, dejando que el coche les esperase donde estaba.

— ¿Hace mucho tiempo que está enfermo el pequeño? — preguntó Wálter á Susana.

— Hace mucho tiempo que anda mal; pero no se sabe desde cuando. — Y luego Susana, amargamente, exclamó: — ¡Oh, esos Blimber!

— ¿Los Blimber? — dijo Wálter.

— No recriminaré á nadie en un momento como este, en medio de una pena tan grande; — continuó

Susana, — sobre todo tratándose de personas de quienes habla Pablo con afecto; pero una cosa sí puedo desear, y es que ojalá tenga esa familia que machacar piedras para una carretera, y la señorita Blimber la primera.

Susana tomó aliento y apresuró en seguida el paso, como si la hubiese aligerado aquella explosión. Wálter no perdía el tiempo en preguntas y caminaba sin pronunciar palabra. Pronto llegaron á una puerta, y en su impaciencia, la empujaron, encontrándose entonces en una habitación, una salita llena de chicos.

— ¿Dónde está mistress Richards? — preguntó Susana mirando en derredor. — ¡Oh, mistress Richards, mistress Richards, venga usted conmigo!...

— ¡Cómo! ¿No es usted Susana? — exclamó Polly riéndose con aquella su bondadosa faz de madre de familia y no menos sorprendida que contenta.

— Sí, sí, señora, soy yo; — dijo Susana, — y bien quisiera no ser yo para no tener que darle la mala noticia de que Pablo está muy malito y ha dicho hoy á su papá que quería ver á su nodriza, y entonces su papá y la señorita Florencia han dicho que usted vendrá conmigo y con el señor Wálter, y usted olvidará lo pasado, por el cariño á Pablo, que se nos va, señora, ¡el pobrecito se nos va!

Y Susana se echó á llorar. Polly, al verla llorar, rompió también en llanto, dolorida de lo que acababa de escuchar. Los chicos se acercaron — los que ya conocemos y los que habían nacido después, — agrupándose en derredor de su madre. Toodle, que acababa de llegar de Birmingham y que estaba comiendo en una cazuela, dejó el tenedor y el cuchillo, descolgó de la percha el sombrero de su mujer y el

mantón; se los dió, y dijo con más sensibilidad que elocuencia:

— ¡Corre, Polly, corre!

Antes de lo que el cochero se esperaba, volvieron Wálter y Susana con Polly; las dos mujeres entraron en el coche y el joven se subió al pescante con el cochero, para que éste no se equivocara de camino. Así llegaron á casa de mister Dombey; separóse Wálter de Susana y del ama en el recibimiento — y por cierto que allí, en un rincón, vió un enorme ramo de flores como el comprado por el capitán Cuttle. — De buena gana hubiera esperado Wálter á tener noticias del enfermo; hubiera esperado sin importársele nada el tiempo, caso de ser útiles sus servicios; pero bien comprendía que aquella pretensión podría parecer excesiva y aun atrevidísima á mister Dombey. En tales condiciones prefirió retirarse lentamente, inquieto y triste.

No habían transcurrido aún cinco minutos desde que Wálter salió de casa de mister Dombey, cuando un criado salió á su vez tras de él, le alcanzó en la calle y le dijo que hiciera el favor de volver. Retrocedió Wálter muy de prisa y entró en la oscura casa de los negros designios.